

A 100 años del descubrimiento de Petróleo en Plaza Huincul:

“Primeros pasos de la Cuenca Neuquina”



Al cumplirse el primer centenario del histórico hallazgo homenajeamos a los grandes hombres de las Geociencias y de la Ingeniería que, con su labor en áreas por ese entonces remotas y despobladas, fueron artífices del desarrollo de toda la región, del crecimiento de la industria y de la generación de pueblos que hoy son ciudades.

Con sus investigaciones que constituirían la Cuenca Neuquina, Adolfo Windhausen pudo establecer la existencia de tres zonas: la preandina, la de las mesetas y la oriental. “Los afloramientos de petróleo de Covunco y de Huincul y el yacimiento de rafaélita (asfaltita) de Auca Mahuida son yacimientos secundarios, pero siempre manifiestan la existencia del horizonte primario a cierta profundidad” afirmó.

Según los informes de Whidhausen, la División Minas, Geología e Hidrología, buscó una nueva opinión y contrató al geólogo alemán Juan Keidel (1877-1954) que tuvo una destacada actuación a lo largo de varias décadas de actividad y corroboró las conclusiones de Whidhausen. Sostuvo: “En el Neuquén, según el resultado de los estudios realizados, el ala oriental del área oriental del geosinclinal andino, que corre desde el sur a Mendoza hasta el río Limay, reúne perfectas condiciones geológicas para encerrar yacimientos petrolíferos, revelados en la superficie por algunas manifestaciones características: manantiales de petróleo, depósitos asfálticos, etc.”.



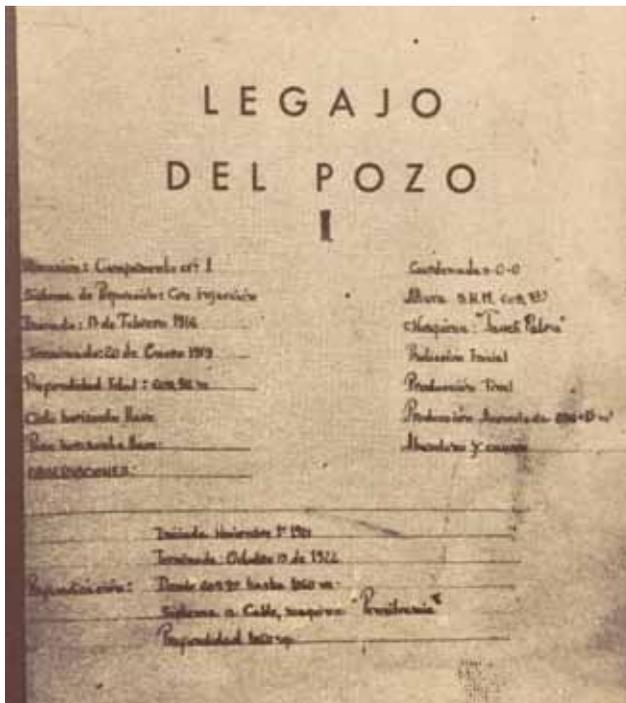
Keidel aconsejó realizar la primera perforación en un lugar desolado: Plaza Huincul, entre las estaciones Challacó y Ramón Castro del Ferrocarril Sud, ramal Neuquén-Zapala. Un kilómetro al norte del kilómetro 1297 y “en el alto de un morro, al lado de una mata verde”.

Munido de esta explicación aparentemente tan poco precisa, a instancias del ingeniero Hermitte, un joven profesional de la División Minas, Enrique P. Cánepa, que obtuvo su título en 1907 en el Politécnico de Zurich, marchó en septiembre de 1915 hacia el sur para comandar las tareas de perforación en lo que era entonces la desierta y remota Patagonia.

Neuquén aún no había alcanzado la categoría de provincia y dependía del gobierno nacional. Tras un dilatado viaje ferroviario, Cánepa llegó a la capital del territorio de Neuquén, por entonces poco más que un pueblo, donde lo recibió el gobernador Eduardo Elordi, quien le facilitó como baqueano a un sargento de apellido Luna. Al día siguiente viajaron hasta Challacó, dado que en el sitio designado por Keidel, la línea Neuquén-Zapala, de reciente inauguración, no poseía siquiera un paradero. Challacó no

estaba muy poblado: la estación del ferrocarril, un almacén y un pozo de agua, con su tanque para el aprovisionamiento de la línea que corría dos veces por semana. El trayecto hasta el punto señalado para la perforación debió cubrirse en sulky. Allí existía una pequeña aguada, donde los nativos solían detenerse a beber y habían designado como Plaza Huincul, mezclando una palabra castellana y una araucana que significaba “lugar de descanso”.

Los que decidían acampar para seguir viaje hacia Chile después de haber cargado agua, se encontraban con un modesto rancho, ocupado por un matrimonio de apellido Campos. Ella, doña Carmen Funes, apodada la “Pasto Verde”, verdadera leyenda de la región, era una de las mujeres que habían acompañado a las tropas de la Campaña del Desierto y había decidido quedarse en ese sitio, junto a su marido, un chileno mucho más joven que ella. Eran los únicos habitantes en muchos kilómetros a la redonda. La modesta vivienda cumplía el papel de una posta, que facilitaba alimentos para los caballos u otros animales que acompañaban a los viajeros, y siempre estaba listo un chivito asado para aquellos que de tanto en tanto se aventuraban por ese desierto.



Es dable imaginar los primeros tiempos transcurridos en esa soledad y el contraste que debía palpar Cánepa, después de haber estudiado el secundario en Turín y el Politécnico en Zurich, donde permaneció siete años hasta completar sus estudios de ingeniero de máquinas. Es seguro que en sus sueños de estudiante no figuraba un porvenir en el que pasaría las noches junto a una carpa de peligrosos convictos en tanto los rugientes vientos patagónicos conformaban un incesante acompañamiento sonoro. Pero también es creíble que el cansancio del trabajo de cada día no le permitiera demasiados momentos para comparar su presente en un paraje, entonces remoto, de la Argentina con la vida de las ciudades europeas en sus días estudiantiles.

La tarea no era fácil. La descarga debía realizarse en Challacó, distante veintidós kilómetros del campamento. El tramo hasta Plaza Huincul era preciso cubrirlo en carros, a lomo de burro.

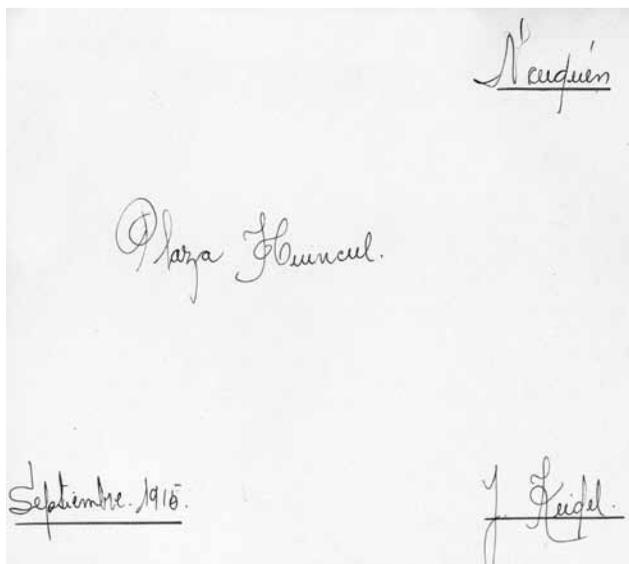
Aunque a los presos se les pagaba un módico salario de cincuenta centavos por día, todos trabajaban a desgano. Para la descarga de vagones, tanto de las pesadas cañerías como de las herramientas de perforación, el joven ingeniero debió contentarse con la ayuda de los dos técnicos contratados.

“Uno de ellos, Juan Soufal, evocó Cánepa, de larga radicación en la zona, era mecánico, herrero y ajustador; sabía toda la parte práctica de la mecánica. El otro era un buen capataz, se llamaba Dompé. Para descargar los vagones nos poníamos los tres a trabajar y dar órdenes, uno en cada vagón para andar más rápido, y había que descargar

Rudimentariamente, con una lata de dieciocho litros, Cánepa midió el caudal de la aguada y advirtió que solo podría proveer seiscientos litros por hora. Su recuerdo sobre la precariedad que rodeó la expedición, resulta conmovedor y sirve de muestra para comprender los méritos y el coraje que implicaba llevar a cabo aquella tarea pionera.

“Esa era toda el agua que había para empezar a trabajar. Porque ese primer viaje mío era para eso, para reconocer los recursos de agua, combustible (leña de alpataco) transporte (un carro y una yunta de bueyes) y para ver el lugar [...]. Según las indicaciones del doctor Keidel tenía yo que llegar al kilómetro 1295 donde había una alcantarilla del ferrocarril; mirar hacia el norte (yo llevaba mi brújula) y ahí en una loma a un kilómetro aproximadamente, vería un algarrobillo, única planta que había crecido en esa banda de piedras areniscas [...]. Detrás de ese arbusto, a los pocos metros, ponga el pozo, me dijo el geólogo Keidel [...]. De ese primer viaje traje entonces toda la información, y en el segundo viaje ya fui con personal, que eran dos hombres, nada más y unos doce presos con media docena de guardias armados que nos facilitó el gobernador Elordi a pedido de su amigo Hermitte”.





muchas barras de sondeo que eran de seis metros de largo y dos pulgadas de diámetro exterior y una pulgada en el canal interior. Al bajar cada barra había que decirles a los hombres 'levanten la barra'; levantaban un extremo. Luego al otro: 'levanten la barra'; levantaban el otro extremo. 'Bueno, ahora tírenla'. Había que repetir para cada barra las tres órdenes para que los dos hombres la levantaran y había cien barras en cada vagón".

Y continúa el relato: "Teníamos seis vigilantes de uniforme, máuser y revólver y un sargento para vigilarlos. De noche teníamos que poner guardias porque estos hombres eran bandidos peligrosos". Dos años después, algunos de los presos tomaron la cárcel de Neuquén y coparon la armería; ya fuertemente armados, huyeron tras matar a varios guardias. Para capturarlos fue necesario un destacamento especial de la policía, que libró una sangrienta batalla en la localidad de Sainuco. Pero antes, sabedores en el campamento de Plaza Huincul de que se acercaba la peligrosa banda, se prepararon para la defensa, pero esta desvió su camino sin atacar al grupo de trabajadores que tenazmente continuaba la perforación, tarea que continuaba más allá de los reclamos que se efectuaban desde Buenos Aires, ante la tardanza en encontrar petróleo.

Superados los primeros tramos e instalada al fin la perforadora en el sitio indicado por Keidel, las tareas de horadar el terreno con una máquina Fauck, a la que denominaron "Patria", se iniciaron formalmente el 17 de febrero de 1916. Entre esa fecha y el 31 de diciembre del mismo año, el pozo llegó a los 260 m. Al llegar a los 340 m, la pesca de una herramienta desprendida insumió cuatro meses durante los cuales, como es natural, se detuvieron los trabajos. Al tocar los 516 m aparecieron rastros de petróleo y el 29 de octubre de 1918, entre los 603 m y 606 m, finalmente se alcanzó el yacimiento y surgió petróleo.

La sacrificada labor había resultado exitosa. Fueron dos años y siete meses de privaciones, de soledad. En ese tiempo, la única diversión era el almacén de Challacó, que los hombres visitaban los domingos, y los fogones nocturnos en la aguada de doña Carmen, la "Pasto Verde", donde nunca faltó una guitarra y la charla hasta que el cansancio vencía a los asistentes, quienes marchaban a sus carpas, para reiniciar la labor a primera hora. Era imperioso

aprovechar el más mínimo atisbo de luz para llevar a cabo el trabajo que progresaba con extrema lentitud debido lo magro de los recursos que el presupuesto nacional había otorgado a la Dirección General de Minas, Geología e Hidrología, ya que en Buenos Aires no faltaban las críticas por esos gastos que el diario *La Prensa*, por ejemplo, juzgaba derroches inútiles; por su parte, el gobierno de Yrigoyen tampoco se mostraba muy convencido de la necesidad de ampliar las exploraciones petrolíferas en el país.

Sin embargo, Hermitte le había dicho a Cánepa: "Tráigame una damajuana con petróleo del pozo de Huincul y crearemos otra explotación de petróleo como la de Comodoro Rivadavia". Y Cánepa cumplió. Décadas más tarde recordaría: "En Plaza Huincul nos encontramos con rocas muy duras. La máquina Fauck que teníamos era una excelente máquina para aquella época si se empleaba en terrenos sedimentarios blandos, pero en areniscas duras tenía muy poco progreso. Era de golpe bajo y se sacaba el detritus con una corriente de agua, utilizada por primera vez por los austriacos [...]. Todos los demás sistemas eran en seco, con cables o barras macizas; tenían golpe más alto, mejor avance en terrenos duros, pero también tenían el inconveniente de no sostener las paredes con ese barro para no tener que entubar [...]. Tuvimos muchos inconvenientes por la falta de agua, porque tuvimos que hacer pozos de poca profundidad en el valle cerca el ferrocarril, que daban muy poca agua".

Y subrayó Cánepa: "Hermitte me había dicho que cuando mandara una damajuana de petróleo, se haría otra explotación como la de Comodoro Rivadavia. Así fue que cuando en octubre del dieciocho le mandé la damajuana, formó ese día la Comisión de Explotación del Petróleo de Plaza Huincul".





Por su lado, el Poder Ejecutivo Nacional, el 30 de septiembre de 1918, fijó el llamado Octógono Fiscal, (un área centrada en el pozo 1 y cinco kilómetros a todo el rumbo, o sea 8.853 hectáreas, sin acceso a las empresas privadas, que decidieron instalarse en los bordes de la zona de exclusión. En pocas semanas sumaban 47 concesiones, cubriendo una superficie de exploración de 88.400 hectáreas.

El producto analizado en Buenos Aires resultó sin agua, de menor densidad que el de Comodoro Rivadavia y con mayor porcentaje de nafta, kerosene y gasoil. Sin embargo, la producción del pozo resultó muy magra: en los dos meses hasta el 31 de diciembre de 1918, solo se obtuvieron unos 18 m³.

No obstante, Hermitte advirtió las posibilidades de la

región y envió tres máquinas perforadoras adicionales, que hasta agosto del 22 lograron instalar seis pozos, de los cuales cinco resultaron productivos. Otra nueva cuenca ofrecía su riqueza al país. Y pese a las penurias de equipamiento, así como a las carencias técnicas y financieras, los estudios geológicos científicos habían sido los responsables del éxito. Una vez más, los protagonistas del desarrollo del país habían sido el trabajo y el conocimiento de los profesionales argentinos. ■

*Fragmento del libro *Centenario del Petróleo Argentino*. Tomo I, por Horacio Salas (Buenos Aires, Instituto Argentino del Petróleo y del Gas, 2007).